



El secretario general del PCF, Marchais, tiende a creer que los socialistas están dispuestos a unirse a la derecha reformista de Giscard d'Estaing para gobernar sin los comunistas.

mente la voluntad de Mitterrand. El secretario general del Partido Socialista debe encontrarse plenamente feliz de estas reacciones de sus compañeros-enemigos: Fortalecen los que pueden ser sus planes. El manejo por el Partido Socialista de la unión de la izquierda consiste en decir a la burguesía parlamentaria que si el Partido Socialista no es admitido rápidamente dentro de ella, no le costará gran trabajo reanudar su amistad con los comunistas y llevarlos con él al Gobierno dentro de tres años, en las próximas elecciones. Los avisos que está recibiendo son gratos. Además de la reacción de la prensa de la derecha, algún miembro del Gobierno ha dicho ya que «el Partido Socialista se encuentra en el camino de recuperar su libertad» para llegar a ser «un compañero con el que podremos dialogar para el establecimiento de una nueva mayoría».

ESTA nueva mayoría, que se llamará sin duda «centro izquierda», por evitar la antinomia «derecha-izquierda», y porque a las derechas de nuestros tiempos les agrada y conviene llamarse centros, no tardará probablemente demasiado tiempo en establecerse. Apenas se le puede reprochar al Partido Socialista este «cambio de alianzas», porque no es más que un regreso a sus antiguas alianzas, a las de las vísperas de la primera guerra mundial; en realidad, el «cambio» fue el de la unión de la izquierda, y en unas circunstancias muy concretas, como lo fueron las que le llevaron al Frente Popular de las vísperas de la segunda guerra mundial (el antifascismo, el rudo enemigo común). El Partido Socialista es reformista por definición propia, es «entrista» y quiere cambiar la sociedad desde dentro de sus estructuras actuales, con la lentitud que sea necesaria y con toda moderación. Tiene el riesgo de verse devorado por las propias estructuras de esa sociedad que quiere transformar, como ha sucedido con la socialdemocracia de los alemanes federales y con los laboristas británicos; pero de ese riesgo no están exentos ni siquiera los partidos comunistas occidentales de la «nueva línea» (podría ocurrirle al propio Cunhal, que lucha contra esa digestión en Portugal).

PRECISAMENTE el Partido Comunista Francés, con el brio de Marchais y la presión de Leroy, está ahora tratando de evitar ser digerido dentro de la coalición. Las posiciones que toman ahora con respecto a los socialistas no son estrictamente de tiempo presente, sino que se encaminan hacia el futuro. Pueden estar ya considerando los comunistas franceses que el impacto directo de la crisis económica, que no cesa de crecer, va a ocasionar unos trastornos serios en la política francesa, y que el Gobierno, en esos trastornos, va a ser devorado por ellos; que la clase obrera, las clases sin privilegios, van a sentir más que nadie el ataque de la crisis económica, y que entonces se volverán hacia el Partido Comunista. Para lo cual el Partido Comunista no debe estar comprometido en una alianza que le prive de sus bases programáticas esenciales. Y si permanece formalmente dentro de esa alianza, debe estar marcando continuamente sus diferencias, como lo está haciendo ahora.

ES un juego arriesgado. Podría volverse en contra. Pero no parece que el Partido Comunista Francés vea ahora otro juego posible. ■

## GRAN BRETAÑA

### La buena sombra de la hija del tendero

El papel político de las cacerolas comenzó a mostrarse en Santiago de Chile por un motivo bien norteamericano: Las mujeres usaron esos cacharros para orquestar su protesta callejera contra la política económica del entonces Presidente Allende. El suceso fue recogido con evidente regocijo por la prensa de todo el mundo, e incluso el poeta, cristalógrafo y ministro español Julio Rodríguez lo recogió en su famoso libro posdecembrino. Ahora, las cacerolas han tenido menos éxito en Inglaterra. Es más: Esta vez las cacerolas se usaron para mermar, sin éxito, la popularidad de un candidato de la derecha —Thatcher— en favor de un candidato del centro moderado británico —Whitelaw—. Nos referimos a las elecciones para el liderazgo del Partido Conservador, cuya complicada mecánica todavía no han entendido ni aquellos ingleses que son capaces de seguir por radio los cursos de Matemáticas de la Open University. El triunfo de la señora Thatcher fue precedido por mucho llanto centrista, europeísta y conservador. La caída de Heath fue una sorpresa para todos los británicos que estaban ajenos al tejemaneje que se iniciaba en las manos del ex Sir Alec Douglas Home, ahora Lord Home, confeccionador perezoso de la maquinaria que debía expulsar, en definitivas cuentas, a Heath del liderazgo del

partido. Fue una sorpresa para la generalidad de la gente, pero no para los conservadores. Los conservadores jamás le perdonaron a Heath que tratara de aparentar desde el principio de su mandato que él no era un conservador tradicional, que odiaba los títulos nobiliarios y que no quería hacerle concesiones al predominante y reaccionario Sur de Gran Bretaña, el feudo principal de su partido. Heath quería empezar a hablar «el lenguaje del Norte», y dedicó sus mayores esfuerzos a «quemar» a gente en Irlanda del Norte y en las minas. Uno de esos personajes principales del conservadurismo que fue quemado en esas esferas fue el otro candidato principal de estas elecciones, mister Whitelaw, cuyos principales desprestigios vienen sobre todo de aquella estancia suya en el Norte del Reino Unido y en la cartera de Empleo, donde fracasó de tal manera, que arrastró con su fracaso el del propio Gobierno entonces en el poder, último de los conservadores por muchos años, según parece. Heath se dio cuenta muy pronto que no podía hablar el lenguaje del Norte, y se quedó siendo un pobre conservador del centro del país, un tendero —como siempre se le llamó—, dispuesto ya a hacer concesiones a su ala derecha en detrimento del ala izquierda —¿tienen alas izquierdas los ángeles conservadores?—.



que le pedía alguna reforma, un lenguaje menos duro para los sindicatos, una mayor disposición para el realismo político y menos referencias a la captidisminuida grandeza de Gran Bretaña. Como me decía un inglés antes de que las elecciones para el liderazgo se efectuaran, «ya da igual quien gane: hace cuatro años, si hubiera ganado Heath, hubiera ganado la izquierda; pero ahora, si gana Heath, gana también Thatcher».

Perdió Heath y ganó Thatcher. Da igual. Heath recibió «la lección» sentado en un rincón de los Comunes, como un colegial que recibe una reprimenda. Claro, él no se lo esperaba, pero él es consciente de que da igual: para el partido y para el país es lo mismo, decía un miembro laborista del Parlamento, «porque los conservadores no van a mandar aquí durante casi veinte años, así que no hay por qué discutir si es bueno o no que tengan a una mujer como líder, porque esa mujer jamás va a ser primer ministro». Aunque sea verdad lo que decía ese laborista, de Leeds, en el Norte de Inglaterra precisamente, no hay que tomar tan a la ligera el resultado de la votación que primero perdió Heath y que después perdió su amigo Whitelaw. Thatcher es en el Partido Conservador la representación más pura de la derecha británica, aquella que recibe su apoyo en la ideología semirracista de Enoch Powell y de Sir Keith Joseph. Este último, autor de una frase que hubiera hecho temblar a Voltaire y mucho más cercano, a Bertrand Russell: «Este país necesita más desigualdad social para poder combatir la pobreza». El hecho de que Thatcher haya ganado con tal mayoría de votos, significa que, como se ha dicho en esta revista más de una vez, la clase media británica con pretensiones de aristocracia se aproxima sin rubor alguno a las fórmulas más reaccionarias de doctrina económica, social y política. Heath era el conservador de la clase media «dialogante» con el proletariado descontento; Margaret Thatcher es la conservadora «inteligente y audaz» que sabe que hay que contentar al máximo a la clase media para que jamás pacte con el proletariado. En esa tesitura, es evidente que una predicción lanzada por el diario «The Guardian» se va a cumplir más tarde o más temprano: el Partido Conservador será el partido del Sur de Inglaterra. Y no sé si alguna vez será también el «Partido del taxi», como se llamaba a los liberales cuando tenían en el Parlamento suficientes miembros como para llenar un solo taxi... De momento, lo que parece estar claro es que la profunda división de los principales conservadores —casi diez candidatos se barajaron para la elección del

liderazgo— va a favorecer a los liberales y, de rebote, a los laboristas. El «show» conservador ha sido poco serio, lleno de histeria y de improvisación. Los ingleses se han divertido mucho viendo a Whitelaw limpiando cacerolas en su casa, a Margaret Thatcher contando chistes y a Heath sonriendo con la misma sonrisa inacabable de siempre a la prensa que escribía su epitafio. Pero los ingleses van a recordar por muchos años que el Partido Conservador no es un partido muy serio. Por una vez, el uso de las cacerolas para ganarse a la opinión pública —táctica seguida por Whitelaw para contrarrestar el posible «appeal» femenino de Thatcher— no ha funcionado en el mundo. Whitelaw perdió quizá porque sus cacerolas, al revés que las chilenas, no estaban bendecidas por los Estados Unidos, ni siquiera por los mineros de Yorkshire, en el Norte del país.

Thatcher presenta algunos atractivos que no la separan demasiado de Edward Heath. Ella también es hija de un tendero. Pero los padres del ex líder siguieron siendo tenderos durante toda su vida, al revés que los de Maggie Thatcher. Los padres a Margaret Thatcher cambiaron su posición social, se hicieron ricos «con el fruto de su trabajo», y pasaron a ocupar un puesto importante dentro de su municipio, en el centro del país. Thatcher empezó a tener éxito como estudiante, luego como político y, finalmente, como esposa sin tacha de un poderoso caballero del petróleo británico. Todo eso es muy atractivo para el inglés medio que anda replegándose ahora «en la seguridad y en el orden de las buenas familias», en contra de la «política disipadora de los sindicatos de la izquierda». Ella está puesta ahí por algunas razones más poderosas que toda la broma que ha antecedido a su elección. Ella es la voz ascendente del reaccionarismo británico, que, cosa curiosa, coincide con la voz del Sur del país. Ella ha venido —en el Año Internacional de la Mujer, valga la paradoja—, a defender a la mujer de las diabólicas ideas que el mundo moderno intenta meterle en la cabeza, y ha venido a darle al Partido Conservador la visión suficiente para defender «sus principios», los que Churchill le legó a Mac Millan, y que se perdieron en alguna noche oscura del alma de Heath... Los ideólogos y los economistas del conservadurismo han considerado oportuno cambiar de táctica: ya no quieren que su partido consiga votos «maternales». Ahora quieren también los votos «maternales». Por eso han decidido desembarazarse de un soltero que además pretendía ser «liberal», en el sentido conservador de la palabra, claro. ■ JUAN CRUZ RUIZ.

## LONDRES

### Más sueldo para la Reina

Lo sucedido en la Cámara de los Comunes cuando Harold Wilson solicitó —y finalmente obtuvo— un aumento en la asignación para la Reina, equivalente a más de cincuenta millones de pesetas, es descrito por los testigos como «una explosión de furor». El día antes, el ministro de Hacienda —canciller del Exchequer— había dicho que si los sindicatos no moderaban sus solicitudes de aumento de salarios, «Gran Bretaña estaría en quiebra». Las palabras de Harold Wilson explicando que en realidad no se podía hablar de aumento, sino de corrección en las cifras para evitar los efectos de la inflación, aumentaron la ira. Los comunes del ala izquierda hicieron escuchar sus voces más agrias y sus frases más irónicas. Uno de ellos explicó que si se concedía este aumento, quedaría automáticamente roto el Contrato Social (el acuerdo entre el Gobierno laborista y los sindicatos para evitar aumentos salariales, a cambio de una serie de mejoras en la ayuda social y en las reformas económicas que el Gobierno debe poner en pie). Otro diputado laborista anunció que va a presentar un proyecto de ley para «nacionalizar a la Reina», que es la amenaza que el Gobierno laborista esgrime contra las empresas que no son rentables: la Reina y su fa-

milia recibirían en este caso los salarios normales correspondientes a los funcionarios civiles. «Podríamos hacer alguna excepción con la Reina, pero el resto de su familia no debería ganar más que un jefe de administración». La información según la cual la Reina había hecho economías en los gastos de calefacción y de iluminación de sus diversos palacios, produjo grandes carcajadas.

A pesar de esta oposición dentro de su propio partido, Harold Wilson puede estar seguro de haber conseguido elevar el sueldo de la Reina a 1.400.000 libras esterlinas (la asignación era de 475.000 cuando fue coronada, y ascendió a 980.000 en 1972; la actual elevación equivale al 43 por ciento); la propuesta entrará en vigor dentro de cuarenta días si no se presenta una objeción formal en contra, y en ese caso tendría que ser votada. Pero Wilson cuenta ya con los votos de los conservadores y de los liberales. Margaret Thatcher estrenó su condición de jefe de la oposición conservadora diciendo que estaba de acuerdo con la propuesta, y el jefe de los liberales, Jeremy Thorpe, puntualizó que después de todo, el gasto de la casa real no era mucho mayor que el de mantener una Embajada en París, y que el sistema de discutirlo en público es «psicológicamente inelegante». ■

## GRAN BRETAÑA-UNION SOVIETICA

### Una reconciliación espectacular

«¿Qué ha pasado con su salud, señor Brejnev?», preguntó Harold Wilson. «Ya se lo contaré cuando estemos a solas», bromeó Brejnev. Aparición y broma parecen disipar la larga serie de rumores acerca de la gravedad del primer secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética. Se dice oficialmente que ha tenido la gripe. Wilson era el primer visitante de alto nivel que Gran Bretaña envía a Moscú después del enfriamiento de las relaciones entre los dos países a raíz de los acontecimientos de Checoslovaquia y de la expulsión de Londres de quinientos diplomáticos soviéticos, en 1968 y 1971, respectivamente. El laborista Wilson restablece el equilibrio roto por los conservadores. A mayor gloria, sin duda, del capitalismo: los acuer-

dos comerciales que el jefe del socialismo británico y el prohombre del comunismo soviético han puesto en marcha, ayudarán sin duda a combatir la crisis actual. Los temas de Oriente Medio y Chipre, discutidos en las reuniones, tienen solamente una importancia relativa. La verdadera importancia reside en las conversaciones directas Moscú-Washington acerca de estos temas. Wilson no parece apartarse de las tesis de Kissinger en estos dos temas, y tampoco parece proclive a acelerar acuerdos importantes con respecto a la conferencia de cooperación y seguridad en Europa, que parece bastante estancada. Gran Bretaña, en general, se mantiene en su política exterior dentro de la estela de los Estados Unidos, como desde hace tantos años.